

mandaba el cardenal como dueño absoluto, fundando desde entonces una esperanza ambiciosa en la avanzada edad y en las enfermedades del Papa. Marchó Alejandro á Prato y despues á Pistoia, donde pasó una parte del invierno, y manifestó su grande inclinacion á hacer beneficios. A pesar de la bajeza de su nacimiento, habia recibido de la naturaleza un fondo de generosidad que no podia menos de aplaudirse cuando tenia por objeto á los pobres y á las personas de mérito; pero tambien, como sucede con bastante frecuencia á los que siendo de baja esfera tienen esta noble inclinacion, se escedió en la beneficencia y en el ejercicio de ella no supo usar de la reserva y discernimiento conveniente. Era en él una especie de pasion el hacer favores y dejar contentos á todos los pretendientes. Apenas sabia, segun Thieri de Niem (1), lo que era negar, cualquiera que fuese la cosa que le pedian y la calidad del que la pedia. Multiplicó los empleos de su corte casi á proporcion de la multitud de pretendientes insaciables que le rodeaban; distribuyó los beneficios sin detenerse en los exámenes y en las demás fórmulas acostumbradas; dió abadías, obispados y arzobispados aun antes de su coronacion, y concedió unas gracias tan exorbitantes á los conclavistas de los cardenales, que dió márgen á sospechar que habia contraído con ellos compromisos simoniacos. Sin embargo, seria mucha imprudencia entender esto al pie de la letra, porque además de que Thieri era naturalmente inclinado á la sátira, tenia este historiador un interés muy particular, como oficial de la cancelleria romana, en desacreditar á un Papa, que, abreviando las fórmulas y el método de los despachos, habia disminuido considerablemente los emolumentos de su empleo. No se crea por esto que es

(1) Lib. 3, cap. 51 et 52.

nuestro ánimo defender á este Pontífice de toda culpa de imprudencia y de inconsideracion, pues debemos confesar que, aunque era un teólogo profundo y un predicador elocuente, parecia poco versado en las leyes y en las costumbres, y no manifestó gran talento ni esperiencia en las cosas de práctica. Él mismo nos dá idea de los efectos de una profusion que se aumentó sucesivamente á proporcion de sus dignidades, porque se le oyó decir muchas veces, que habia sido un obispo rico y un cardenal pobre y que era un Papa mendigo. En la distribucion de sus inmensos beneficios tuvo buen cuidado de no olvidarse de la religion que le habia sacado del polvo. Dió empleos en su corte á sus antiguos compañeros los frailes menores, les confirrió, en cuanto pudo, los obispados vacantes, y confirmó sus privilegios por una bula que renovó todas las contiendas antiguas de los religiosos mendicantes con el clero secular.

Estando todavia en Pistoia publicó otra bula á fin de contener los progresos que hacian en Bohemia los errores de Wiclef por las intrigas de Juan Hus, á quien se dió este apellido con motivo de ser natural de la aldea de Hussinetz. Habiendo alejado de Praga este cabalista hipócrita á los doctores alemanes que eran mas capaces de oponerse á los nuevos errores, derramaba su veneno sin obstáculo ni reserva (1). Los predicantes mas fogosos despues de este entusiasta eran Jacobelo de Misnia y Gerónimo de Praga, los cuales, á ejemplo de su corifeo, no cesaban de conmover á los pueblos contra los clérigos y los frailes, y no solo declamaban contra los clérigos ignorantes y viciosos, sino contra todo el orden gerárquico, sin perdonar á los primeros prelados ni al Sumo Pontífice. Se gloriaba

(1) Coch. lib. 1, c. 12; Harps. Escl. lib. 4. Dubrav. Aen. Sylv.

Juan Hus de seguir en esto los principios cismáticos de Wiclef, y aun sus dogmas mas visiblemente heréticos, á escepcion de los que eran contrarios á los sacramentos, ó á lo menos á la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía. No faltaron doctores que le dieron consejos saludables, mas en vano. Sbincon de Haseimberg, arzobispo de Praga, de ilustre nacimiento, de un celo ilustrado y de un valor capaz de arrostrar todos los peligros por la defensa de la fé, reunió los doctores en calidad de legado de la Santa Sede que era, mandó que se le presentasen los libros que alteraban la quietud de su diócesis y dispuso se quemasen en número de mas de doscientos, con las telas preciosas, planchas y manecillas de oro y plata que adornaban á casi todos ellos (1408). No contento con esto, acometió de frente al mismo Juan Hus, sin que le arredrase la poderosa proteccion que á este dispensaba la reina Sofia, de quien era confesor, y le prohibió el ejercicio de la predicacion; mas el astuto perturbador dispuso conferencias en que disputaban como teólogos los simples legos, los artesanos groseros, las mugeres y aun las criadas. Algunos de ellos escribieron libros y especialmente canciones, varias de las cuales eran tan injuriosas al arzobispo, que á pesar de lo embrutecido que estaba Wenceslao, prohibió cantarlas bajo pena de la vida. Con el objeto de poner fin á estos escándalos, cuya noticia penetró hasta mas allá de los montes, espidió el Pontífice Alejandro V su bula de 20 de diciembre de 1409, prohibiendo enseñar en público ó en secreto los artículos de Wiclef, con orden de obligar á abjurar á las personas sospechosas, de declararlas hereges si no obedecian, y de perseguirlas como tales. Juan Hus, que contaba con mucha proteccion, se rió de este decreto, y apeló del Papa sorprendido al Papa mejor informado.

Entretanto pasó Alejandro á Bolonia, donde despues de algunos meses espiró, como lo esperaba el cardenal de San Eustaquio, el dia 3 de mayo de 1410, á los diez meses y ocho dias de pontificado, habiendo contribuido á su muerte el mismo cardenal, segun las sospechas del concilio de Constanza. Antes de espirar declaró que creia justo y legítimo todo lo efectuado en el concilio de Pisa. Entonces constaba el Sacro Colegio de veinte y tres cardenales, pero estaban ausentes siete de ellos. Los diez y seis presentes entraron en cónclave despues de los nueve dias del funeral, y el 17 del mismo mes de mayo eligieron al cardenal de San Eustaquio, Baltasar Cossa, que tomó el nombre de Juan XXIII. Aunque tenia grandes deseos de ser Papa, fingió mirario con mucha indiferencia y propuso que se eligiese al cardenal de Carraccioli, su compatriota, hombre de bien, ó por mejor decir, un buen hombre, sin doctrina, sin representacion y sin ninguna aptitud para el gobierno. No impidió el disimulo de Cossa que fuese acusado de violencia y de simonia, de vejaciones tiránicas, de maniobras de corsario, análogas á su primera profesion, de tramas é iniquidades de un genio enredador, de disolucion en las costumbres; en una palabra, de todos los vicios y excesos que dieron materia al lamentable proceso que nos ocupará demasiado en adelante. Por lo demás, tenia mucho talento para los asuntos temporales.

Tres dias antes de su coronacion, esto es, el 21 de mayo, murió Roberto, rey de romanos, en sus Estados de Baviera. Cuando lo supo el Pontífice envió nuncios á fin de proporcionar aquella corona á Segismundo de Luxemburgo, entonces rey de Hungría, hijo del emperador Carlos IV y hermano de Wenceslao, con quien nada tenia de comun Segismundo sino la proximidad de la sangre. Este principe era de

admirable índole, de mucho talento, de gran prudencia, de una constancia á toda prueba; instruido y laborioso, benéfico, religioso, aunque no irreprochable en sus costumbres; en una palabra, dotado de las cualidades mas á propósito, si no para edificar, á lo menos para sostener el imperio y la Iglesia. No tuvo, sin embargo á su favor mas que una parte de los votos, el dia 20 de setiembre de 1410, y recayeron los otros en Jodoco, marqués de Moravia, que era de edad muy avanzada, y murió á 8 de enero del año siguiente, despues de lo que todos los electores reconocieron á Segismundo, el cual reinó veinte y siete años. El sábado de las cuatro témporas de Pentecostés, 6 de junio de 1411, hizo el Papa Juan una promoción de cuatro cardenales, teniendo presentes en ella á la mayor parte de las naciones. Los dos mas notables fueron Pedro de Ailli, obispo de Cambrai, y Guillermo Filastro, otro doctor francés, muy adicto en otro tiempo á Benedicto XIII del mismo modo que el primero (1). Viendo Juan el descontento que causaba la bula espedida por su predecesor en favor de los religiosos mendicantes, ordenó que se tuviese por no espedida, y que permaneciesen las cosas en el mismo ser en que estaban antes de la publicación de un reglamento tan mal recibido.

Por último, habiendo pasado un año en Bolonia con el fin de asegurar los intereses de la Santa Sede en aquella parte de Italia, fué á tomar posesion de Roma, para granjearse mas y mas la adhesion de los romanos, que le llamaban con grandes instancias, y para librarlos de las inquietudes que continuaba causándoles Ladislao. Reunió á este efecto las tropas de la Iglesia con las de Luis de Anjou, que logró al principio grandes ventajas. La batalla de Garilla-

(1) *Hist. Univ. Paris. t. 5. p. 214.*

no (1411), una de las mas célebres que se dieron en aquel siglo, debia haber privado á Ladislao del reino de Nápoles, y no hizo mas que proporcionar hermosos caballos con ricos jaeces y alhajas de mucho valor á los generales vencedores, que se divirtieron en entregarse al saqueo del mismo modo que los soldados. Para colmo de imprudencia el rey Luis, en vez de perseguir sin tregua á su rival y acabar con él, regresó á Francia despues de la victoria que habia conseguido, y dió tiempo á los napolitanos para rehacerse. A la primera noticia del combate, llevada á Roma con las banderas cogidas á los vencidos, se entregó el Pontífice á un gozo estremado que duró muy poco. Supo muy luego las faltas del vencedor y los recursos del vencido, el cual volvió á presentarse en campaña y recobró su primer ascendiente, abandonándose de nuevo á su conducta tiránica. En defecto de armas temporales, recurrió el Pontífice á las censuras y al anatema, á la absolucion de los juramentos de fidelidad, á las calificaciones de perjuro, cismático, herege, relapso, enemigo incorregible de la Iglesia, á todo cuanto podia contribuir á hacer odioso este principe á los fieles, y en fin, á la cruzada que publicó contra él en toda la cristiandad (1). Aumentóse con esto la insolencia de los nuevos hereges de Bohemia, se quitaron la máscara y principiaron las reuniones tumultuosas, cuya ferocidad y excesos asolaron por espacio de tantos años á aquel desgraciado reino.

Juan Hus, despues de su primera condenacion, se habia retirado á Hussinetz bajo la proteccion del señor de aquella tierra, ciego admirador suyo y resuelto á favorecerle en todo. Habiendo muerto el arzobispo Sbincon, volvió á entrar en Praga el predicante, y nunca se conoció mejor que

(1) *Hist. anon. p. 810.*

entonces el influjo favorable ó adverso de un obispo bueno ó malo en la capital para los asuntos generales de la Religion. Sucedióle un tal Albico de Moravia, que fué elevado á esta dignidad por el favor, ó mas bien, por el capricho del rey Wenceslao, de quien era médico: alma vil y sugeto despreciable por todos títulos. Particularmente su avaricia era tan sórdida y tan estravagante, que no queria tener caballos, porque, decia, comian de noche lo mismo que de dia. Sin otro cuidado que el de llenar sus cofres, dejó hacer á los novadores todo lo que quisieron. Algun tiempo despues vendió su arzobispado á Conrado, obispo de Otmutz, á quien habia sido necesario nombrar administrador á causa de la incapacidad del titular y que realizó todo lo que podia esperarse de un tráfico tan impio.

Despues de haber corrompido una infinidad de personas del pueblo, del estado eclesiástico y de la universidad misma, tuvo Juan Hus la osadía de anunciar por cartel y celebrar efectivamente una conferencia pública acerca de la cruzada y de la indulgencia publicadas contra el rey Ladislao (1). Estaban tan furiosos los sectarios, que muchos de ellos convinieron en quitar la vida sin perder un instante á los predicadores de la indulgencia. Un domingo en que uno de estos predicadores estaba esplicando claramente las tramas de Juan Hus y el veneno de sus escritos, un zapatero, en presencia de todo el concurso, le dijo que mentia. Otro artesano se puso á gritar en otra iglesia durante el sermón, y á decir que el Papa Juan era el anticristo, pues hacia derramar la sangre cristiana; y hubo otro que llenó de injurias á un monje que estaba predicando en su monasterio. No tenia limites la libertad y la osadía bajo el

(1) *Theod. Bell. Huss. p. 12; Aen. Sivy. Hist. Boh. c. 35.*

gobierno de un príncipe dado á la crápula, que no hacia caso de la Religion ni del Estado, y de una reina fascinada por un director herege. Entretanto dió orden el senado para prender á aquellos tres alborotadores, y quiso contener en su origen con justa severidad semejantes atentados; pero el pueblo echó mano de las armas, y pidió su libertad con una gritería terrible. El senado calmó la conmocion con buenas palabras, y se volvieron todos á sus casas. Poco despues fueron ajusticiados secretamente los reos; pero habiendo visto que corria su sangre por debajo de las puertas del palacio, volvió á amotinarse el pueblo, se apoderó de los cadáveres, los cubrió con telas de oro y plata, y los llevó procesionalmente á todas las iglesias de la ciudad, gritando sin interrupcion los sacerdotes de la secta: «estos son los mártires que se han sacrificado por la ley de Dios.» Los embalsamaron despues de esto, y los colocaron como reliquias insignes en el santuario de su iglesia de Belen. Entonces contuvo la supersticion los efectos del furor y de la venganza, pero solo quedaron suspensos para asolarlo despues todo con mayor violencia y atrocidad.

En este tiempo confirmó Juan XXIII la bula de su predecesor, condenando de nuevo los errores corrientes. Prohibió la lectura de las obras de Wicief, mandó que se quemasen públicamente las que se pudiesen descubrir, y amenazó á los que se opusiesen á ello, declarando que serian tratados como fautores de la heregia. Fué dispuesta esta bula en el concilio que el Papa Juan, cumpliendo con los decretos de Pisa, celebró en Roma tres años despues de este, siendo dicha bula la única acta que se ha conservado de él; porque concurrieron tan pocos obispos que no fué posible atribuirle el carácter augusto de concilio ecuménico y representativo de la Iglesia universal. Fué

(1) *Hist. Univ. Paris. t. 5. p. 214.*